

JUVENILIAS NAVALES

Alfio A. Puglisi

*Dos años hace que dejé la Escuela
en donde tanto padecer creía.
Y, sin embargo, su recuerdo vuela
constante, a la memoria mía.*

Mariano Beascochea
La novela del mar

El profesor Alfio A. Puglisi es maestro normal nacional, profesor en Filosofía y Pedagogía, licenciado en Metodología de la Investigación y doctor en Psicología.

En la actualidad es profesor de la Escuela Naval Militar. Asiduo colaborador del Boletín. Tres veces premio Sarmiento, otorgado por el Centro Naval. Premio ensayo histórico 2005 por su trabajo *Faldas a bordo*, publicado por el Instituto de Publicaciones Navales.

No hay dos escuelas iguales, unas son motivo de admiración, a otras apenas se las recuerda. Las primeras poseen cierta antigüedad y tradiciones propias, también fama bien ganada, por lo que son atractivas. Sus egresados generaron un orgulloso sentido de pertenencia, porque tuvieron una exigencia común de ingreso, casi un período de iniciación. En su vida escolar superaron dificultades, compartieron diabluras y egresaron. Asimilaron valores creando entre ellos una verdadera comunidad espiritual. Por eso sus ex alumnos se consideran agradecidos y deudores. Esas escuelas son carismáticas.

No son muchas, más bien son pocas. Sus ex alumnos asimilan de tal modo sus valores que con el tiempo, ya egresados, constituyen un club o asociación, que los prolonga en el tiempo y que les permite alcanzar cierta representatividad y poder, mostrando además tal fertilidad, que da origen a otras instituciones, realmente meritorias.

La Escuela Naval es una de ellas. A poco de andar sus egresados crearon el Centro Naval con su *Boletín*, aún existente, y desde allí, el Asilo y el Panteón Naval, el seguro mutuo, la Biblioteca Central de la Armada, el Museo Naval de la Nación y la Liga Naval; más tarde también la Armada, toda una institución, creó los Liceos y el Instituto Tecnológico de Buenos Aires, universidad de excelencia en la enseñanza de la ingeniería.

Otra característica de las escuelas carismáticas es que sus egresados escriben sus recuerdos sobre ellas. La generación del 80, constituida en su mayoría por egresados de antiguos colegios de renombre, hombres públicos que eran literatos, con prosa ligera y de fácil lec-





Teniente de Navío Santiago Albarracín

tura, en general autobiográfica, llena de recuerdos del pasado y de viajes, creó un género literario nuevo y bien nuestro, el de las *juvenilias*. Este nombre se deriva de la escrita por Miguel Cané (1), que no fue la única (2) pues estuvo rodeada de otras, y quizá por ser la mejor sobrevivió, siendo hoy de lectura escolar obligatoria.

Las juvenilias se distinguen de las meras "memorias" pues no tienen vocación historiográfica, sólo buscan con cierta nostalgia agradar. Las memorias se escriben para los hijos o para los nietos, las "confesiones" para justificarse, las juvenilias para los pares ("para los amigos" es la frase de Miguel Cané) rinden culto a la amistad. Tampoco intenta explicar o justificar hechos del pasado sino recordarlos, revivirlos. Los recuerdos constituyen un patrimonio común, acotado a la época escolar, que los antiguos compañeros comparten. Es una estudiantina que entretiene con las travesuras escolares, donde hay héroes, villanos y salvadores; de ese modo crea un fresco de la época, cálido y ameno, con buena descripción psicológica de los personajes. Pintan una escuela tal como se pinta una aldea. Las "memorias" llevadas de la mano de Clío desembocan en la historia, las juvenilias por la mano de Miguel Cané pertenecen a la literatura.

La Escuela Naval posee también sus juvenilias. Sus autores son egresados de diversas épocas e importa rescatar del olvido esos textos, antiguos, casi únicos por ser de los primeros tiempos y que hoy se encuentran perdidos entre ciertas bibliotecas o guardados como en una caja de sorpresas en los volúmenes del *Boletín*, verdaderas joyas para despertar nostalgias.

Recordemos especialmente los trabajos del fundador del Centro Naval, Santiago Albarracín; las *Memorias de un Marino* del Almirante José Moneta de la undécima; la *Novela del Mar* de su par Mariano F. Beascochea; las de José A. Saldías, que no egresó y que forman parte de su libro *La inolvidable bohemia porteña*. Y se pueden agregar los recuerdos del Almirante Isaac F. Rojas, la más cercana nuestra, redactada un par de años antes de morir, tal vez queriendo compartir sus recuerdos y rendir homenaje a sus maestros y amigos.

Santiago Albarracín ⁽³⁾, fundador del Centro Naval, recordó su creación y primeros tiempos en sendos artículos publicados en el *Boletín*. Sirve de juvenilia la parte que describe la vida a bordo en la *25 de Mayo*, primera sede de la escuela, y el surgimiento de una fraternidad escolar. Los hechos fueron así:

Los cadetes poseían una cámara que cumplía también el papel de comedor y de aula, colgaban y descolgaban sus coys según las circunstancias. Una tarde, estando la mayoría dedicada al estudio, voló una cartuchera haciendo blanco en Juan Picasso, caracterizado por su seriedad y contracción al trabajo, quien de inmediato procedió a increpar duramente a sus compañeros. El más cercano, Agustín Del Castillo, le contestó, generándose un diálogo subido de tono e intenciones, que amenazaba concluir en un lance de honor. La promoción se interpuso, estaban todos hermanados por una causa común, recibirse y encabezar el cambio en una armada poco profesional y anticuada, constituida por viejos guerreros del Paraguay y los restos de la escuadra de Brown. Ambos contendientes terminaron por abrazarse, se constituyó algo más que una fraternidad escolar, más bien una logia, cuyo lema fue *Unión y Trabajo* —que luego se trasladó al Centro Naval—, rematado bien a lo Dumas *Uno para todos, todos para uno*. Los profesores comenzaron a sospechar de tanta dedicación y espíritu de cuerpo, intuían que algo había. La llamada *Reuelta de los Gabanes* ⁽⁴⁾ en la que los cadetes a bordo de la *25 de Mayo*, anclada en Zárate, se negaron a quitárselos durante una mañana algo fría no les fue ajena, es que también se oponían a las arbitrariedades de la vieja Armada. Los más revoltosos fueron dispersados entre los buques de la escuadra, entre ellos Albarracín, acaso sospechado como cabecilla, que no egresó de ella pero hizo carrera instruido por la flota. Por entonces los oficiales de marina se formaban a bordo de diversos buques, con el tiempo eso generaba ciertas camarillas alrededor de la persona de quien fue su comandante. Los oficiales casi no se conocían, ni se visitaban, algunos ni compartían la mesa.

Después de atreverse al mar y de regreso de la expedición del *Comodoro Py*, se volvieron a encontrar en Patagones y en una sobremesa en la Escuela Naval sintiendo entonces una madura necesidad de estrechar filas, de tener trato entre ellos, de ayudarse, de capacitar-se mutuamente. Nacería así el Centro Naval, lo que sigue es historia conocida.

En sus *Recuerdos de un Marino*, el Almirante José Moneta ⁽⁵⁾, de la undécima promoción (compañero de Beascochea, Irizar, etc., primero de diez egresados cuya mitad llegó a Almirante), trae a la memoria la escuela situada entonces en Recoleta, donde hoy se erige el Alvear Palace Hotel, dirigida por Eugenio Bachmann. La recuerda con una hermosa vista al río, poblado de barcos y velas, con la arboladura de un bergantín que se observaba desde la calle y donde cumplían castigo de plantón los más revoltosos de la Escuela de Marinería, creada para el personal subalterno, que le estaba anexa. Allí la disciplina era más que severa, vejatoria; el Contra maestre, provisto del gato de cinco colas saludaba a los grumetes por la mañana a la usanza española: *Santos y buenos días, alza y aferra coys*. Ya se sabe qué le esperaba al remolón. En nuestra escuela existía el plantón nocturno, un 10% de los cadetes lo sufría. También existían ritos de iniciación y las manteadas a los novatos. El día de la incorporación siempre se simulaba una paliza a un negro quien gritaba de dolor, acaso para amedrentar. Pero, pese a esa dureza, conserva un buen recuerdo de Bachmann, a quien pinta como un hombre mayor, bonachón y paternal, que prefería el reto al castigo para los que se desbandaban, pero que no toleraba ni la mentira ni la delación, en cuyo caso sí sancionaba. Él estaba más preocupado por la nobleza del carácter, por formar hombres de ley, por inculcar el compañerismo y el valor. He ahí cómo un eminente científico realizó el papel formativo y ético de la escuela y no sólo el meramente académico.

La vida interna era austera y sin comodidades. Los lavatorios eran canillas al aire libre y ni qué hablar de las duchas. La comida mala, los cadetes probaron experimentalmente que de noche se servían las sobras del día. Con satisfacción cuenta cuando a Agustín Del Castillo le robaron un pavo, preparado para agasajar a personalidades invitadas. ¡Éste no adoptó ninguna sanción reconociendo la ingeniosidad del hecho!

(1)

Miguel Cané: *Juvenilia*. Viena, Carlos Gerold Editor, 1884. Hay reediciones.

(2)

Eduardo Wilde: Ignacio Pirovano (reeditado varias veces en diversas antologías) Belisario Arana (Juvenilia), F. Tobal (Recuerdos), V. Mercante (Los Estudiantes, sobre el normal de Paraná), Mario Binetti (Tiempo de adolescencia, sobre el Nacional Bartolomé Mitre), Lázaro Seigel (Colegio Nacional de La Plata).

(3)

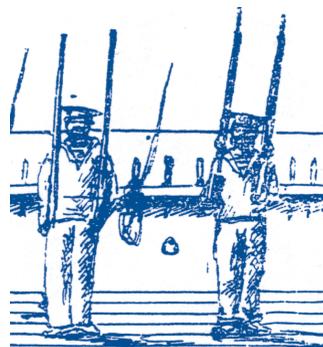
Santiago Albarracín: *Crónica histórica del Centro Naval*, en Boletín del Centro Naval, Tomo XXXIX, Nro. 433, marzo y abril de 1922.

(4)

El Almirante Juan A. Martín (1865-1964), perteneciente a la octava promoción, sostuvo en sus recuerdos que el caso fue magnificado porque no había consenso sobre la Escuela, tardó un año en rehabilitarse, y ello ocurrió tras algunos editoriales de los diarios. Véase: *La Escuela Naval Argentina, la primera, segunda y tercera Época*. En Boletín del Centro Naval (BCN), Nros. 593 y 594, de 1950, y 596, de 1951.

(5)

José Moneta: *Recuerdos de un Marino*. Bs. As., Ed. del Autor, 1939.



Castigados con “espiques” y con “remingtones”.



Almirante
José Moneta

Las juvenilias por lo general tienen héroes, que son los alumnos más traviosos, se le agregan los de ingenio (en Cané, Corrales, inventor de extraños aparatos y, en Moneta tanto como en Beascochea, el luego CF Pedro Padilla [Prom. 13], experto en construir diversos aparatos útiles y en fabricar el maloliente gas sulfuroso). Exaltan además la figura del Director escolar a quien asignan el rol de viejo-hombre-sabio, en el fondo un héroe de otra clase, papel que en Cané es representado por Amadeo Jacques y en Moneta, por Eugenio Bachmann; ambos son descriptos dotados de tanta capacidad que, cuando faltaba cualquier profesor, lo reemplazaban con solvencia.

Por fin, si Cané señala la vida de verano en la Chacrita de los Padres (Chacarita actual), Moneta se refiere a sus embarcos en *La Argentina*, la práctica de tiro sobre la isla Gorriti, frente a Montevideo, donde se dedicaban a la pesca de corvinas mientras armaban blancos y luego sus contactos con indígenas en Tierra del Fuego. En escasas diez páginas, Moneta mantiene la estructura, la espontaneidad y la amenidad de *Juvenilia*. Su libro se prolonga con otras actividades de su vida de marino, que también valen la pena leer.

Firmada la paz con Chile, la Argentina vendió a los japoneses los acorazados *Moreno* y *Rivadavia* que se hallaban en construcción en Italia. Manuel Domecq García fue enviado como observador de la guerra ruso-japonesa desde el lado japonés. A Moneta le tocó hacerlo desde el lado ruso, para lo cual marchó a entrevistarse primero con el Zar. Siguió luego hasta Moscú, fue el primer argentino en viajar en el transiberiano hasta Vladivostok, desde allí en un junco chino llegó a Port Arthur, ya bloqueado por los japoneses. Es de destacar que el junco del agregado francés Barón de Cuverville no llegó nunca, fue atacado por piratas chinos y no se supo más de él. Por intermedio de contrabandistas logró establecer contacto con su camarada Manuel Domecq García, que embarcado junto con el Almirante Togo, bombardeaba Port Arthur, donde él se encontraba. Ante la derrota rusa huyó en camello junto con el agregado naval norteamericano CF Guillermo Mc Cully, cruzó en 18 días el desierto de Gobi y la muralla china. Se incorporó a esa travesía una presunta *Mata-Hari* americana, miss Betina Bennett, que era expulsada de Rusia por enamorarse a un coronel. De Shanghai marchó a Suez y de allí de nuevo a Rusia, pues aún debía despedirse del Zar. Comandó la *Sarmiento* y diez años después, al llegar a los Estados Unidos, para hacerse cargo de los nuevos acorazados *Moreno* y *Rivadavia*, se encontró con un auto esperándolo y a sus órdenes, puesto por miss Bennett, a la sazón —como no podía ser de otra manera— casada con un rico industrial. Este personaje aún no fue descubierto por Hollywood ni por el cine nacional.

(6)
Mariano F. Beascochea: *La novela del mar. Bs. As., Inst. de Publicaciones Navales, 3ra. Edición, 1963.*

Mariano F. Beascochea⁽⁶⁾, compañero de Moneta, escribe también sus recuerdos “para los amigos”. Viene a su memoria la vida de los cadetes como Guardiamarinas, es decir, Oficiales a quienes no les correspondía un castigo de grumetes tal como el plantón en las jarcias de la arboladura erigida en tierra. El hecho por poco motivó otra *Revolta de los Gabanes*. Los cadetes se sacaron las insignias de Guardiamarinas para cumplir la sanción. La acción fue severamente reprimida.

La capacidad de aplicar los principios de la Física, una materia en auge por esa época, fue una característica sintomática de los primeros Oficiales. Esto le dio a la Armada singulares inventores: M. García Mansilla, el altazímetro; A. Dentone, la campana de salvamento; H. Ballvé, el deflector magnético; Oca Balda, numerosos aparatos domésticos, etc. También lo fue el cadete Beascochea. Sancionado con diez días de calabozo, en verdad diez días de aburrimiento, obturó con sus ropas la ventana para que no entrara luz y se las ingenió con un lápiz para realizar un pequeño orificio por donde ésta ingre-

sara. Logró así que se proyectaran imágenes de la realidad, había construido una linterna mágica, que al revés de la caverna platónica proyectaba imágenes reales, aunque invertidas. Beascochea se anticipó así a la televisión o al cine como entretenimiento. Pero esos adelantos no electrónicos se fueron con la noche, recurrió entonces a la capacidad del ya mencionado cordobés Padilla quien, inspirado en los principios de Robert Hooke, le construyó un teléfono perfecto para que pudiera comunicarse con sus compañeros.

Beascochea ingresó a la Armada atraído al ver desde la calle a los cadetes de la Escuela haciendo ejercicios, al compás de clarines y tambores. El reclutamiento fue breve, se les leyó el credo del Oficial de Marina y los incorporaron sin más. Acaso esto se vio facilitado porque el resto de los cadetes habían marchado con el Capitán Daniel Del Solier a buscar la corbeta *La Argentina* a Trieste. Esto permitió que pasaran su reclutamiento sin soportar los titeos ⁽⁷⁾ por parte de los más antiguos.

Al terminar el segundo año de estudios, Beascochea, junto con Moneta, viajó al sur en *La Argentina*, realizando el embarco de verano que duró tres meses. El hambre de los cadetes, sólo saciada a fuerza de galleta y carne salada, motiva una escena llena de colorido y pintoresquismo. Por empezar, aclara que ellos complementaban la comida como podían, así es que dieron cuenta de una guanaca que traía el comisario de a bordo Domingo Capella como recuerdo. La pobre se puso tísica por falta de alimentación y murió, los cadetes la enteraron en sus estómagos. Terminado este paliativo se las ingeniaron para averiguar dónde guardaban sus víveres los oficiales. Dieron caza al gato de a bordo, le ataron un cordel y dejaron que los guiara a tan precioso tesoro; pero el gato se les cayó tirando abajo un conjunto de latas y abortando la maniobra. Por la mañana el mayordomo descubrió al gato donde no debía estar, con bozal y correa; entonces dio parte. Presentado el responsable, no pasó nada. Por el contrario recibió un rico jamón como premio por la iniciativa. ¡Tiempos aquellos en que se castigaban las faltas al honor, a la obediencia y el daño, pero se premiaba la creatividad!

Por aquella época casi todos eran poetas, con buena rima expresaban la vida diaria escolar, los primitivos manuales tenían escrito en tapas y márgenes algunas de sus inspiraciones y desahogos. He aquí una:

*¡Binomio! ¡Binomio infame!
de la newtoniana ciencia
que a la enésima potencia
desarrollas $a + b$.
¡A qué caramba, por qué
te incluyen en el programa!
Maldita sea la fama
de Newton y su $a + b$.*

Por fin, llama la atención leer hoy los pormenores de la primera salida de Beascochea, con uniforme, tras dos meses de estada en la escuela. Él deseaba cumplir con todas las normas de ceremonial y de cortesía, por lo que al cruzarse con un señor mayor, cedió la derecha de la vereda, según las buenas costumbres; pero éste no se lo permitió diciéndole:

¡No, no! Mi joven militar, pase usted a la derecha, porque el sitio de honor corresponde a los servidores de la Patria.



Contraalmirante Mariano F. Beascochea

(7)
Argentinismo, aceptado por la Academia, que significa "befa" o "mofa".



Plantón de jarcia en la escuela de Palermo.



José Antonio Saldías

José Antonio Saldías, “El Toba” (1891-1946) ⁽⁸⁾ fue cadete durante el Centenario y pinta una estudiantina tan alegre como la anterior. Comenzó sus estudios en 1898, en la escuela de Caballito y luego pasó a cursarlos en Río Santiago, previo embarco de verano.

Tal vez fue obligado a ingresar por su padre, el historiador Adolfo Saldías, con el ánimo de disciplinarlo, pero su vocación era el periodismo y el teatro, en fin, la bohemia. Y eso es lo que demostró en la escuela.

Él también recuerda la práctica del manteo realizado como rito de iniciación tanto las bromas pesadas que se gastaban entre cadetes. Relata que cierto día, a “sugerencia” de Carranza, el “flaco” Modesto Lecumberry (Prom. 41), en su calidad de bisoño y disfrazado de niñera, debió llevar por la plaza de armas y en upa al pequeño cadete Luis Pistarini (Prom. 39) arropado con un mantel. En eso estaban, cuando el director Almirante Manuel José García Mansilla, que recorría la escuela, se topó con ellos y Lecumberry, dejando caer al bebé, lo saludó militarmente. Para Saldías el héroe es este director a quien recuerda como una persona de gran bonhomía, capaz de festejar las diabluras cadetorias. Su villano es el TF Arnaut, profesor de artillería, a quien imitaba después del cine

profesional de los jueves, implantado por Mansilla, práctica que aún subsiste y dio origen además al teatro que se pone en escena el día del cadete o al fin de una campaña.

(8)

José A. Saldías: *La inolvidable bohemia porteña*. Bs. As., Freeland, 1968.

El hecho más notorio es el relato de la prehistoria de *Ciñendo*, la actual revista de los cadetes. Con el nombre de *La Semana Chichona*, de circulación clandestina, apareció redactada de su mano, con dibujos de Carlos Pibernat. Interceptada por Arnaut, que lo seguía de cerca, y cotejada su caligrafía por el segundo del Jefe de Cuerpo, Alférez de Navío Eleazar Videla, ambos fueron mandados a calabozo y luego expulsados. Don Adolfo Saldías recibió en su escritorio a su hijo dado de baja e, impuesto de la novedad, mandó a un sirviente a poner su colchón más un baúl con ropa en una volanta y le dijo simplemente que tenía el mundo por delante. Cada uno siguió con lo suyo, José Antonio fue periodista y dramaturgo, luego secretario de la Sociedad Argentina de Autores y Carlos Pibernat, dibujante, arquitecto.

José A. Saldías recuerda, por fin, el desfile del centenario de la Revolución de Mayo, las flores que la gente arrojaba al paso de las Fuerzas Armadas quedaban engarzadas en las bayonetas. Tal el aprecio que les tenían.

(9)

Isaac F. Rojas: *Evocación de la Escuela Naval y de mis Jefes*. En *Boletín del Centro Naval*, Vol. CII, Año CIII, Nro. 738, enero-marzo 1984.

El Almirante Isaac F. Rojas ⁽⁹⁾ también creyó conveniente escribir sus recuerdos. Pese al tono grave de sus palabras, dirigidas a quienes fueron sus ex alumnos de la Promoción 85, que lo acompañaron en la Revolución Libertadora, cuando cumplían 50 años de egresados, asume por momentos el carácter de una juvenilia al recordar los retos y sanciones que mereció como cadete, algunas vicisitudes de su Viaje de Instrucción, la severidad del Almirante Dalmiro Sáenz que le dio sólo tres días de licencia por casamiento –¡cómo le iba a dar una licencia especial si perturbaba el servicio!–, lo comisionó en cambio para pasar inspección a la colonia de vacaciones para los hijos del personal subalterno, recientemente creada en Martín García. Eso sí, le advirtió que podía ir con su esposa. Se casó un viernes, viajó el sábado, pasó inspección el lunes y entregó el informe de estilo el martes.

Recuerda además a otros almirantes que conoció, exalta especialmente la veneración que los cadetes tenían por su director Segundo R. Storni a quien describe alto, de faz bondadosa, hablar pausado, mirada franca y directa. Lo recuerda cuando meditaba caminando a grandes trancos en el balcón corrido de la escuela, ya había escrito los *Intereses Argentinos en el Mar*. Subraya la modestia en que vivía Gregorio Portillo, conocido de su familia,

quien despertó en él la vocación naval, y también la austeridad de Abel Renard, quien cuando salía de licencia anual llamaba un taxi para llegar hasta Grumbein, desde donde se tomaba el tren de Bahía Blanca a Buenos Aires. Los oficiales entonces viajaban en los trenes ordinarios. Con intencionado recuerdo señala que en esa época no había ni casas ni autos oficiales lujosos para los Jefes, el único que disponía de un auto oficial era el Jefe de la Base que lo utilizaba para recorrer su jurisdicción y agrega con cierta ironía, *pero teníamos la flota más poderosa de Sudamérica.*

Pasa luego revista a las impresiones que le dejaron otros Jefes y Oficiales a lo largo de su carrera y, en especial, sus profesores, de quienes recuerda su sobrenombre y subraya su capacidad y paternal bondad. Se llevan los lauros José B. Collo, Teófilo Isnardi y Luis Imperiale. Al final del escrito del Almirante asoma el moralista, es su mensaje, nota también común en las juvenilias. Sólo mentar las virtudes de los maestros constituye de por sí un acto moral.

Vale la pena leer todas estas páginas, traen innumerables recuerdos de situaciones que son de algún modo iguales a otras que cada uno ha vivido. Basta abrir una página de la antigua *Ciñendo* y observar fotos e historietas. También importa la tradición oral. ¿Quién no cuenta sus anécdotas de estudiante o de conscripto?, hoy se siguen contando relatos de tiempos idos, en el Centro Naval o en la Sala de Profesores de la Escuela. Los héroes o villanos son viejos jefes y oficiales, directores, profesores (Collo y Abramoff, Grau y Dallo, Gorondy y Lupiz, Negreiro, Della Croce y Marino, Romano Yalour y su violín, Julito Russo y Rufino de la Torre –que llegaba en hidroavión–, etc.) y cadetes (el “loco” Suárez que vestido con el uniforme de Urtubey se paseaba en patines por el playón). Hay que rescatar todo ello, alguien debería grabar lo relatado, para el futuro. Forma parte del patrimonio cultural de la institución. Para Ortega y Gasset hay un género literario cuando existe un tema irreductible, el de las juvenilias es uno de ellos. ¡Ojalá este artículo promueva la lectura y escritura de jóvenes Oficiales!

Las escuelas carismáticas no pueden vivir del pasado, sus egresados deben cuidar su presente para prolongar su carisma hacia el futuro. ■



Almirante
Isaac Francisco Rojas